

Al final de la calle se detuvo ante una humilde y triste casa de pobre y sucio aspecto. Entró en el oscuro portal, y subiendo al quinto piso, llamó en una habitacion mas alegre quizá que las de abajo, porque comunicaba con una hermosa azotea.

Una muger anciana se presentó en el dintel de la puerta preguntando á Federico qué se le ofrecia.

—¿Vive aquí un extranjero que se llama Mr. Toreau? dijo Federico consultando la carta que le diera Lindora.

—Sí, señor; ¿es V. acaso enviado de esa condesa brasileña tan generosa y tan rica?

—¿Está en casa? siguió diciendo Federico sin contestar á la pregunta de la anciana.

—¡Ya lo creo!... ¡si el infeliz no se puede mover!... está tan enfermo y sobre todo los piés los tiene cubiertos de llagas que le hacen estar todo el dia en un grito.

—¿Y de qué es eso?

—Por haber venido á pié desde Francia, y manteniéndose de la limosna que recogia en el camino.

—¿Tan necesitado se halla?

—Muchísimo; pero pase V. y le verá.

Federico entró en la habitacion, que era pobre, dismantelada, sin mas muebles que los útiles de planchadora, oficio á que se dedicaban la anciana y su hija, y en otra pieza inmediata una cocina muy pequeña con escaso y pobre menaje.

En la azotea habia un estrecho cuartito donde apenas cogia una cama, el que fué cedido á Mr. Toreau por la planchadora.

—Mire V., dijo ésta á Federico: en aquel cuarto está acostado. Se le cedimos llenas de compasion al verle caer desmayado en la misma puerta de nuestra casa. Voy á decirle que le busca V.

—Si descansa, no le moleste V., porque yo no tengo prisa; hablaremos mientras se despierta: por fortuna V. es muy amable.

—Muchas gracias, caballero, dijo la anciana asomándose sin hacer ruido á la habitacion que ocupaba el extranjero.

Entretanto el jóven dirigió la vista en torno suyo, admirando la

bella perspectiva que ofrecia la industriosa Barcelona desde aquella respetable altura.

—Duerme, exclamó la anciana acercándose á Federico; quizá sea la primera vez que logra conciliar el sueño desde que está con nosotras, y sin duda se ha dormido con la dulce esperanza del pronto socorro que espera de la brasileña.

—¿Y quién le ha dicho que la condesa es tan caritativa?

—Nosotras; ¿acaso no se sabe que ha mandado cantidades muy respetables á los hospitales y á las parroquias para que se distribuyan entre los mas necesitados?

—¿Y cómo es que V., siendo, á lo que parece, tan pobre, aumenta sus gastos sosteniendo á ese infeliz? ¿Le conocia V. ya de antes?

—No, señor; nunca le habíamos visto. Nosotras, mi hija y yo, porque ha de saber V. que tengo una hija como una rosa, somos planchadoras, toda la vida hemos ejercido este oficio, con el que ganamos lo suficiente para cubrir nuestras atenciones; pero no nos sobra nada para sostener á otro; sin embargo, la compasion nos obligó á recoger á Mr. Toreau. Verá V. cómo fué.

Una noche, serian las diez, venia yo con mi hija de llevar la ropa de la semana á una casa, cuando vimos que delante de nosotras iba un pobre viejo casi tambaleándose como si no pudiera sostenerse en pié y dando cada gemido que conmovia un corazon de piedra.

De repente las fuerzas le abandonaron, no pudo mas y cayó en medio de la calle, dándose un fuerte golpe en la frente que le dejó sin sentido. A todo esto nos hallábamos á la puerta de casa, tanto, que á poquísimo esfuerzo, le entramos en el portal, donde, merced á una esencia que nos facilitó una vecina, le hicimos volver en sí.

—¿Qué tiene V., buen hombre? le preguntamos en cuanto abrió los ojos.

—Acaso sea necesidad, se apresuró á decir mi Tereseta; ¿quiere V. que le baje un plato de escudilla?

—Mejor será que suba con nosotras y allí la tomará, dije yo animada de un sentimiento compasivo.

—Sí, señoras, mil gracias, les agradeceré aunque solo sea un vaso de agua con azúcar.

Desde luego comprendimos que se moría de hambre, y le hicimos subir á nuestra casa, donde está desde aquella noche, porque se nos puso peor y nos dió lástima arrojarle á la calle despues de habernos confesado que era extranjero, que no tenia recursos para sostenerse, y que venia á pié pidiendo limosna desde Francia con el objeto de ir á Madrid, donde tenia que cumplir una promesa en San Francisco el Grande.

Esta es, caballero, la historia de ese infeliz; nada mas tengo que decir á V., sino que, viéndole tan necesitado, enfermo y sin dinero para ir á Madrid, le aconsejamos escribiese á esa señora que tantas limosnas hace, á ver si, dolida de su triste situacion, le facilitaba recursos para trasladarse á Madrid.

—Y lo puso en práctica, ¿no es eso?

—Ni aun tuvo fuerzas para ello; mi Tereseta escribió la carta en su nombre y la llevó.

—Bien; pues entonces, esta noche volveré y le traeré algun socorro; ahora he venido nada mas que á informarme si era una verdadera necesidad.

—Espérese V. un momento, me parece que le oigo toser, dijo la anciana; efectivamente, ya está despierto, puede V. pasar, caballero.

—¿Quién es? dijo el enfermo con voz débil.

—Un señor que le busca á V.

Federico, adelantándose, contempló al enfermo desde el dintel de la puerta, creyendo reconocerle á pesar de que solo le veia de perfil.

—Pase V., pase V. y siéntese, que aquí tiene silla, exclamó la officiosa planchadora.

Federico entró, y mirando á Mr. Toreau frente á frente, se quedó estupefacto, lanzando, sin poderlo remediar, una exclamacion de asombro.

—¡Qué veo! murmuró; ¿este hombre es fray Severo!....

Por su parte el enfermo, reconociendo á Federico, se incorporó y

dijo á la anciana, sin duda con la idea de alejarla de allí sin que pudiera ofenderse:

—Mi buena señora: ¡agradecería tanto si tuviese V. la bondad de traerme un vaso de agua!....

—Al momento voy, contestó aquella.

Cuando quedaron solos, dijo Federico:

—¿Pero es V. D. Severo?.... casi dudo al reconocerle, y me pasma encontrarle en tan lastimoso estado.

—¡Yo soy, hijo mio!.... el cielo castiga mis iniquidades, enviándome toda clase de trabajos, que yo acepto resignado como una expiación de lo mucho que he ofendido al Señor.

—Verdaderamente que todo culpable halla su castigo en el mundo, dijo Federico; yo le creí á V. en Francia disfrutando, siendo rico y feliz, porque al escapar de Madrid, ha debido V. llevarse un capital muy respetable, que pertenecía á los hijos de Alvarez Leal y á la pobre doña Irene, que tenia depositado en poder de V. el dote de su hija, cuya pérdida ha contribuido á quitarla la vida.

—¿Ha muerto?....

—Sí, señor; al verse por causa de V. pobre y miserable.

—¡Oh! ¡Dios mio!.... ¡cuán culpable soy!....

—¿Pero qué ha hecho V. de todo ese dinero?.... en tan poco tiempo no es posible haberlo gastado.

—Me lo robaron antes de salir de Madrid, y la ladrona era una señora de alto rango que hoy, gracias á estas cantidades, no se verá tan perdida como yo.

—¿Y quién es?

—La que llevaba el título de marquesa de Blancarosa.

—¿Cristina Guanter?

—Ella, sí señor: estuvo en mi casa cuando yo me hallaba ausente, y me robó una cartera que contenía veinte mil duros y muchos documentos interesantes.

—Veremos de recobrarlos, porque se encuentra en Barcelona.

—Procúrelo V., yo se lo ruego, y si lo consigue, entréguele diez mil á la pobre Atilana y los otros diez mil á la viuda de Alvarez Leal.

—¿Y V. qué objeto llevaba al volverse á Madrid, donde le persiguen á V. y será preso en el momento que se presente?

—El de cumplir una promesa que hice en San Francisco el Grande el día 17 de Julio de 1834.

—¿Quizá sería por librarse de la degollina?

—Sí, señor; salí por fortuna con bien, pero, lejos de agradecer el beneficio que la Santísima Virgen me concedía, me entregué á nuevos escesos, olvidándome de Dios en cuanto pasó el peligro.

—¿Y no teme V. que la justicia le aprisione?

—Siendo despues de haber cumplido mi sagrada deuda, no me importa. Si logro que no me prendan, me reuniré á fray Benigno, el sacerdote modelo, cuya ejemplar conducta he debido seguir, y confesándole mi arrepentimiento y mi profundo dolor, le rogaré me permita acompañarle á las misiones.

—Muy buena es la intencion, si puede V. llevarla á cabo.

—Confío conseguirlo, si me alivio de mis dolencias y encuentro recursos para trasladarme á Madrid, sino iré á pié, como he venido desde Francia.

—Pues bien; siendo tan sincero su arrepentimiento, creo que la condesa se los facilitará.

—¿Qué condesa? ¿viene V. acaso en nombre de esa señora americana á quien Tereseta escribió ayer.

—Sí, señor, soy su secretario; y he venido á ver á V. en su nombre.

—Me estraña mucho que haya V. dejado á su madre y á sus hermanos, cuya posicion es tan halagüeña, por entrar al servicio de una persona estraña.

—¡Estraña! no por cierto; á ella debemos nuestra posicion y nuestra fortuna.

—¿Pues quién es esa señora?

—La condesa de Paraná, marquesa de Blancarosa.

—¡Alejandrina! ¡justo cielo!...

Fray Severo se quedó pálido, petrificado.

—¡Ella!... exclamó al cabo de un rato. ¡Ella!... ¡la inocente niña á quien tanto ofendí, viene á mi socorro!... ¡Oh! sin duda no

sabe que Mr. Toreau es fray Severo; dígaselo V. y desde luego me retirará su compasion y sus auxilios.

—Pronto lo sabrá; pero la creo muy generosa para pensar en vengarse de un hombre arrepentido.

—Eso sí; dígala V. que deploro con toda mi alma el mal que la hice, y que me perdone; su perdon es lo que necesito, ¡su perdon!... por piedad haga V. que me le conceda y se lo agradeceré toda mi vida.

—Puede V. abrigar la confianza de conseguirlo, porque no hay muger mas generosa ni mas noble!.... dijo Federico levantándose.

—¿Ya se marcha V.?

—Voy á enterarla de su triste estado.

—¡Para avergonzarme!.... para confundirme con sus bondades, como la viuda y los hijos de Alvarez Leal. ¡Oh! ¡qué almas! ¡qué almas tan magnánimas!.... ¡cuán pequeña!.... ¡cuán miserable se muestra la mia á su lado!....

Las lágrimas de fray Severo corrian en abundancia, Federico le contemplaba con lástima.

La honrada planchadora se presentó en aquel momento con el vaso de agua, diciendo:

—Perdone V. si no he venido antes; ha llegado Tereseta y me ha hecho escucharla de grado ó por fuerza.

—No importa, señora, dijo Federico viendo que la conmocion de fray Severo no le dejaba contestar.

—Pero ¿qué tiene? dijo la pobre muger.

—Llora de alegria porque le dejo cincuenta duros en este bolsillo, para que se cuide y se ponga bueno.

—¡Virgen de Monserrat!.... y ese dinero.....

—Se lo envia la condesa brasileña.

—¡Dios se lo premie!.... ¡esa señora debe ser la mas dichosa de las mugeres, porque se ocupa en enjugar las lágrimas del infortunio y en socorrer la indigencia!.... dijo la anciana.

¡Ay! ¡ignoraba que Alejandrina no podia ser feliz!....

CAPÍTULO IV.

—•••••—



EDERICO dejó la casa de la planchadora profundamente pensativo, y atravesando la Rambla, se dirigió desde la calle de la Boquería á la del Hospital.

La triste situación á que se veía reducido fray Severo, le conmovió en alto grado, y mas que todo el sincero arrepentimiento que se manifestaba en sus acciones, en sus palabras y hasta en su mismo angustioso dolor.

Resolvió hacer presente á la condesa tan deplorabile estado, pero antes quiso ver al otro infeliz que habia implorado su proteccion. Con esta idea llegó al Hospital General, y consultando la nota que llevaba en el bolsillo, vió que el sugeto en cuestion se llamaba Pedro Aliagas. Preguntó por él, y despues de vencidas algunas dificultades, le permitieron pasar á verle.

Atravesó varias salas, deteniéndose por fin en la que le indicaron hallarse la persona que buscaba.

—Allí, en aquella primera cama está, le dijo una de las hermanas de la Caridad que le habia acompañado.

Federico se acercó.

Inmediatamente el enfermo, que no estaba tan de peligro como quiso suponer en su carta, se incorporó mirando al jóven con cierta curiosidad.

—¿Es V. Pedro Aliagas? le preguntó éste.

—Servidor de V., contestó el enfermo.

—¿Y es V. el que ayer escribió á la condesa de Paraná implorando su caridad?

—Sí, señor; me he permitido hacerlo porque ha llegado hasta mí la noticia de su generosidad, y viéndome así como mi compañero, que está en esta cama ciego y cojo, en la mayor miseria, sin recursos para vivir cuando salgamos del Hospital, y sin poder trasladarnos al seno de nuestras familias, nos hemos dirigido á la condesa, rogándola nos socorra por amor de Dios.

El que así hablaba era un hombre de unos cincuenta años, moreno, mal encarado, compañero inseparable de Geroncio Maravillas desde su juventud.

Nuestros lectores recordarán que Geroncio se reunió con él cuando abandonó por última vez á su esposa y á sus hijos. Marcharon á la faccion, sirviendo en las filas carlistas con nombres supuestos, esperando el momento de apoderarse de algun rico botin que les permitiera internarse en Francia, ó volverse otra vez á Madrid, puesto que ellos caminaban con tanta precaucion, que no se comprometian nunca.

La fatalidad hizo que, léjos de realizarse sus esperanzas, se encontrasen en una reñida batalla, donde ambos fueron gravemente heridos, recibiendo Geroncio un balazo en la cara, de cuyas resultas quedó ciego, y otro en una pierna, pero de tal gravedad, que le dejó cojo para siempre.

Pedro Aliagas, mas animoso que su compañero, porque no habia perdido tanto, si bien herido y peligrosamente enfermo, le obligó á escapar de las filas carlistas, y ocultándose, consiguieron entrar en Barcelona, ingresando en el Hospital, donde manifestaron ser unos viajeros pacíficos que habian sido robados y maltratados por una partida de facciosos.

Allí estaban cuando supieron la llegada de la condesa de Paraná; Maravillas, que conocia la generosa esplendidez de la ilustre dama, dijo á su amigo:

—Escríbela, y yo te prometo que nuestro ruego no será desatendido.

—¿Y por qué no lo haces tú? le dijo Pedro.

—Porque protege á mi muger y si sabe que soy yo quien demando socorro, no nos le dará; ella me aborrece por mi mala conducta, y una vez, no se me olvidará en mi vida, me hizo encerrar con los leones, salvándome de sus garras por un milagro.

Empero esta precaucion no le valió al esposo de Rita, que queria pasar ignorado á los ojos de la condesa; pues Federico le conocia, por haberle visto varias veces en casa de D. Alvaro y luego en la colonia; así fué que cuando Pedro Aliagas le manifestó tener un compañero ciego y cojo, se aproximó á la cama y mirándole atentamente, exclamó:

—¡Calla! ¡yo conozco esta fisonomía á pesar de hallarse tan demudada!....

Por su parte Maravillas quiso tambien reconocer aquel metal de voz tan agradablemente simpático; pero no pudo recordar dónde lo habia oido.

Federico, despues de haberle examinado con profunda atencion, le dijo sin vacilar:

—No me queda duda, V. es D. Geroncio Maravillas.

—¡Santo cielo!.... ¡soy perdido! murmuró él queriendo cubrirse la cara con el embozo de la sábana.

Propósito tardío, porque ya no tenia remedio.

—¿A qué taparse?... dijo Federico. Vamos, caballero, no tema V. nada; yo respeto demasiado la desgracia para pensar en delatarle.

—Hable V. bajo por Dios, pudiera comprometernos.

—¡Infeliz!.... ¿qué le importa á V. que se descubran sus maquinaciones, si ya ha perdido el don mas precioso de la criatura: la vista?

—¡Ay! ¡es verdad!.... murmuró el desgraciado.

—Bastante castigo tiene V.; no creo que nadie se complazca en aumentarle.

—¿Por manera que V. me compadece?

—Muchísimo.

—Entonces tambien la condesa tendrá lástima de mí, y olvidando al conspirador, al mal padre y al pérfido esposo, solo verá en mí un pobre ciego que implora su compasion.

—Desde luego puede V. contar con su bondad, que es infinita.

—¡Y yo que la ofendia desconfiando de ella!... Vamos, si soy un malvado; como no tengo virtudes, me parece imposible hallarlas en el mundo, y este es un error como otros muchos.

—¿Y qué piensa V. hacer en el deplorable estado á que se vé reducido?

—¡Ay! no lo sé; quisiera reunirme con mi esposa y pedirla perdón; pero la he ofendido tantas veces, que difícilmente será tan generosa que me le conceda.

—Nadie se niega á ser indulgente cuando se ofrece á sus piés un arrepentimiento sincero y profundo.

—Esas palabras devuelven la esperanza á mi atribulado corazón; doy á V. mil gracias por su bondad, y le ruego me diga su nombre, porque reconozco el eco de su voz, y no puedo conocer á V. por mas que reflexiono.

—No es estraño: me ha visto V. muy pocas veces; yo soy hijo de Marciana.

—¡Ah! sí; ¿la honrada viuda á quien la condesa protege tanto?

—La misma, sí señor.

—¿Y acompaña V. á la condesa?

—Hasta la India.

—¿Luego abandona nuestra España?

—Quizá para siempre.

—¡Qué dolor!...

—¿Quién no siente esta partida? todos cuantos la conocen, á pesar de que á cada uno separadamente ha dejado notorias pruebas de su esplendidez. Sus hijos de V. tienen pensión pagada en un co-

legio, donde permanecerán hasta que concluyan la carrera científica á que cada uno se dedica.

—¡Cuánta bondad!....

—Y á su muger de V. y á su hija las ha concedido una pensión vitalicia y una linda casa en la colonia de Santa Clara, donde viven muy dichosas.

—¿Sin acordarse de mí?....

—Han sido tan poco halagüeños los recuerdos que V. las dejó, que nada tiene de particular le hayan olvidado.

—Pues, si Dios quiere, pronto estaré allí, por mas que les atormente mi presencia.

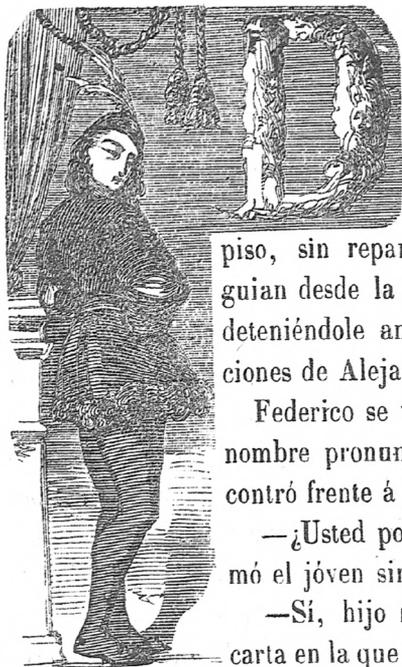
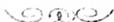
—Acaso se alegren porque le ven infeliz, y es muy dulce prestar apoyo al desvalido, dijo Federico.

La conversacion continuó en el mismo terreno largo rato; por último el jóven se despidió de aquellos dos infelices, dejándoles una cantidad considerable para que atendiesen á su completa curacion, prometiéndoles volver otro dia.

Esta promesa les hizo entregarse á una esperanza consoladora, adquiriendo con ella la fé de que carecian y bendiciendo á la Providencia, que en medio de su horrible infortunio les enviaba un rayo de luz, inundando sus almas de una pura y dulcísima alegría.



CAPÍTULO V.



DESDE el Hospital se volvió Federico á la fonda, pensando en los infinitos acontecimientos de que debia dar cuenta á la condesa. Entró distraido y subió al primer piso, sin reparar en dos caballeros, que le seguian desde la Rambla y que subieron tras él, deteniéndole antes de que pasára á las habitaciones de Alejandrina.

Federico se volvió sorprendido al escuchar su nombre pronunciado por uno de ellos, y se encontró frente á frente con fray Benigno.

—¿Usted por aquí?... ¡qué felicidad! exclamó el jóven sin poder disimular su regocijo.

—Sí, hijo mio; apenas recibí tu madre la carta en la que anunciabas os embarcariais de hoy á mañana, me puse en camino; porque ¿cómo era posible os dejase marchar sin mi bendicion?

—Mil gracias; la condesa se alegrará muchísimo.

—Tambien tendrá un placer en saludar á este caballero, dijo fray Benigno señalando á su compañero, que era el doctor Alonso, quien

había dejado de ser negro para recobrar su verdadero nombre, el de Lúcas de Mendoza.

Despojado de su negra tez, parecía otro enteramente, y mas porque había enflaquecido de una manera notable, oscureciéndose sus ojos, que rodeaban un círculo morado, denunciador de una vigilia continua y de un sufrimiento horrible.

Retrocederemos al punto en que le dejamos despidiéndose de su esposa y prometiéndola que volvería. Es preciso dar algunos detalles para que nuestros lectores comprendan cómo pudo borrar de su pecho la ardiente y profunda pasión que profesaba á su prima.

Cuando salió de casa de Guillermina, corrió al palacio de la condesa, y preguntando si la señora había dejado algun encargo para él, recibió un pliego que le entregó Adalberto. Desde allí y atravesando el jardín, se fué á las habitaciones que ocupaba en la calle de la Aduana; estaban desiertas; pero él guardaba una llave y entró.

Solo, sin testigos que le importunasen, se halló frente á frente con su situación, con sus dolores, con los recuerdos de su vida entera, y en lucha con su pasión y su deber.

Aun vacilaba; aun, á pesar de la promesa que acababa de hacer á su muger, sentía impulsos de alcanzar á su prima y de correr tras ella, aunque tuviera que sufrir una vez y otra sus repulsas.

En esta vacilacion no se decidía á ver lo que contenía el pliego que Alejandrina dejó para él.

Estas vacilaciones, estas dudas las comprendió desde luego la condesa, y se propuso hacer el último esfuerzo para borrar del pecho de su primo aquella fatal pasión que nunca podía ser correspondida. Al efecto empleó un medio cuyo resultado no pudo prever; pero que era el único ya que la restaba que emplear.

Este fué combatir su pasión por medio del ridículo, segun veremos en la carta que el doctor, siempre indeciso, no se atrevía á leer; pero que al fin, haciendo un esfuerzo sobrehumano, rompió el sello, dejando caer sobre la mesa los papeles que contenía y apoderándose con febril ansiedad de uno de ellos, que por su forma manifestaba ser una carta. En efecto lo era; hé aquí su contenido,

que leyó palideciendo cien veces y quedándose por último inmóvil y frío.

«Primo mio: el momento de nuestra separacion ha llegado; quizá no nos veamos mas; quizá sea esta la última vez que me dirijo á tí. Persuadida de tan dolorosa verdad, quiero hablarte con toda la franqueza de que soy capaz, quiero y debo arrancar de una vez todas las ilusiones de tu alma, destruyendo esa pasion insensata que ha causado tu infelicidad y la de tu pobre esposa.

»Tú sabes muy bien que jamás he correspondido á tu amor, ni aun te he dado esperanzas para que siguieras alimentando tan funesta llama; mas tú, de carácter tenaz, seguiste en la idea de alcanzar un imposible, esperando vencer un dia mi desamor; para conseguirlo, has empleado medios que se han vuelto contra tí, produciendo el efecto contrario del que te proponias.

»Creiste que sacrificándome tu reposo, tu muger, tu hijo y tus mas caras afecciones, conseguirias ganar mi corazon, y solo alcanzaste, sino mi ódio, mi indiferencia, porque una muger que se estime en algo, no puede amar al hombre que huella con osada planta sus mas sagrados deberes por satisfacer un capricho de su corazon, que debió ahogar al nacer, si tenia delicadeza y honor.

»Luego á tí te faltaban estas cualidades, y faltándote, pudiera creer que tu amor no era amor, sino ambicion, un deseo ilimitado de poseer mis riquezas. Esta es la verdad; el que falta á sus deberes, inspira sospechas que le perjudican altamente.

»Ahora bien; esto solo era suficiente para que yo no te amase, para que de ningun modo me prestase á la farsa de hacerte pasar por muerto; siendo tu esposa cuando aun vivia tu primera y legítima compañera.

»Empero tú, á mas del desprecio que me inspirabas, debias echar sobre tu decantado y firme amor un ridículo odioso y degradante: el de disfrazarte de negro. ¡Ah! eso es no conocer el corazon de la muger. ¿Crees que el amor de una muger, aunque le sienta, resiste al ridículo? no, mil veces no. Con ese disfraz que echaba sobre tu noble raza un sello de degradacion, me inspiraste compasion, jamás amor; ese sentimiento divino le siente la muger

por los séres que saben dominarla, engrandeciéndose á sus ojos, no rebajándose y humillándose por el polvo de la manera que lo has hecho tú.

» Hé aquí las poderosas causas que impedían mi amor hácia tí; esto sin hacer mérito de la principal: mi pasión por otro hombre que, aunque educado en distinta religion, es tan grande, tan elevado, tan altivo, que ha sabido conquistarse mi mano, haciéndome su esposa y consolidando nuestra union con el nacimiento de mi tierna hija.

» Perdóname la dureza de mi lenguaje; perdona si mis palabras te ofenden; comprendiendo que ya, visto el extremo á que han llegado las cosas, necesito hablarte de esta manera, mostrándote sin rebozo alguno mis sentimientos.

» Lo repito: nunca he podido amarte, nunca te amaré, sintiendo que las causas que imposibilitan este amor, destruyan también el fraternal afecto que como amigo, como hermano te hubiera profesado siempre.

» Te has quedado muy miserable, muy pequeño, y yo, altiva por naturaleza, solo puedo distinguir con mi aprecio al sér que lucha con sus malas pasiones, al que las vence, y elevándose digno y noble, llega á cumplir sus deberes, desempeñando en el mundo con la conciencia tranquila, la sagrada mision para que ha nacido.

» Adios; considera esta carta como si la escribiera en caso de muerte, puesto que nos espera una separacion eterna, y perdóname si con impia mano arranco de tu pecho la culpable pasión que no ha podido destruir mi desamor ni el grito de tu herida conciencia.

» Quizá tu conducta sucesiva puede devolvete un dia el fraternal afecto que hoy te niego con sentimiento y al que tienes derecho como único pariente que me queda en España, y al que quisiera siempre llamar hermano, tu prima

Alejandrina.»

Esta carta tan sábiamente calculada hizo una impresion terrible en el doctor; heria todas sus fibras delicadas, ofendiendo de una

manera cruel su amor propio, su dignidad de hombre, sus sentimientos de amante, y mortificando su orgullo hasta el extremo de hacerle avergonzarse de su conducta pasada.

En el primer impulso de desesperacion, estrujando la carta entre sus crispados dedos, exclamó:

—¡Fuera este disfraz!.... ¡abajo esta negra tez que me envilece!.... y con la rapidez del pensamiento, se desnudó, se metió en un baño, haciendo caer de su cutis blanco como la nieve, el tinte que por espacio de tanto tiempo le habia oscurecido.

Cuando salió del baño, estaba pálido como la muerte, sus ojos brillaban con un ardor febril, sentia convulsiones, escalofrios y un agudo dolor en el corazon. Se metió en la cama, donde perdió el sentido, no recobrándole hasta veinticuatro horas despues.

Cuando despertó de su aletargamiento, recordó cuanto le habia pasado, volvió á leer la carta, y ya no sufrió tanto con su lectura; era porque se estinguia el amor para dar lugar á la indiferencia.

Estaba completamente curado.

En ciertas naturalezas el ridículo y el desprecio hábilmente empleados, son armas poderosísimas.

Sintiéndose muy débil, se levantó para salir á buscar algun alimento, porque se encontraba solo en el cuarto. Se vistió con elegancia, se miró al espejo y se encontró, aunque pálido, hecho un buen mozo con su blanco color, su espléndida cabellera y sus magníficos ojos negros.

—¡Aun me amaré Guillermina!.... murmuró; está visto que las pasiones legítimas proporcionan goces mas puros y tranquilos que las culpables.

Tenia razon; pero lo conocia muy tarde, y eso merced á un desengaño que lastimaba su alma, si bien curaba por completo su corazon.

Hizo varios preparativos, recogiendo papeles, alhajas y documentos necesarios como si no pensara volver á su habitacion, despues se embozó cuidadosamente en una ancha capa, y abriendo la puerta que comunicaba con los jardines del palacio, se salió por la de la calle de la Aduana, dirigiendo sus pasos á una fonda.

Tomó un ligero alimento, viéndose obligado á guardar cama porque no estaba libre de calentura y se sentia muy enfermo. Tomó habitacion en la fonda, escribiendo á fray Benigno para que fuese á verle, lo que no tardó en hacer el noble misionero.

Sus primeras palabras al entrar en la alcoba fueron de sorpresa, estrañándose hallarle en su color natural.

—¡Es que ya no soy el doctor negro, sino D. Lúcas de Mendoza! exclamó el enfermo.

—¿Cómo es eso?

—Porque estoy curado de mi ciega pasion y no quiero ya seguir representando un papel odioso.

—¿Quién ha operado ese milagro?

—Esta carta, léala V. y comprenderá como yo comprendo, ahora que la venda cayó de mis ojos, una verdad terrible, la de que no se consigue un objeto grande y elevado por medios bajos y viles, degradándose el hombre y alcanzando por premio á su sacrificio, aborrecimiento en igual de amor.

Fray Benigno leyó la carta; adivinando el impulso que la habia dictado, se la entregó á Mendoza y le dijo:

—¿Y qué piensas hacer?

—Írme á Barcelona; mi prima quizá no haya partido todavia; quiero despedirme de ella, quiero recobrar el fraternal afecto que me promete, haciéndola ver que sus palabras me han regenerado por completo, convirtiéndome en otro hombre, y quiero en fin asegurarme de que mi corazon es libre, de que no queda en él ni un átomo imperceptible de mi pasion funesta, para consagrarle todo entero al amor de mi muger y de mi hijo. Este es mi propósito, ¿quiere V. acompañarme?

—Sí, hijo mio, con mil amores, contestó el misionero, no sin estremecerse interiormente; pero su emocion no salió al rostro, porque estaba acostumbrado á dominar los impulsos de su corazon, viviendo siempre en lucha con sus pasiones, que sujetaba y dirigia admirablemente con el freno de la razon y el de una conciencia austera y santa.

El doctor permaneció enfermo algunos dias, levantándose por fin para emprender su viaje al Principado, que hicieron con toda felicidad, encontrándose con Federico al llegar á Barcelona, que les ofreció hablar á la condesa antes de que se presentasen á sorprenderla con su visita.

CAPÍTULO VI.



La condesa estaba sola cuando Federico, después de obtenido su permiso, entró en el gabinete.

—¡Hola, amigo mío! exclamó la dama apenas le vió; creo que el temporal ha cambiado y podremos embarcarnos esta tarde.

—Sí, señora condesa, el mar está muy tranquilo.

—Ya deseo alejarme de este país. Son dos deseos contrarios, lo siento y sin embargo quiero alejarme porque sufro mucho aquí.

—El sufrir, señora, es imprescindible al género humano; todos en más ó menos grados tenemos nuestros dolores, nuestros padecimientos...

—¿Tú también padeces?..... ¡ay! es verdad; no recordaba que un calavera se atravesó en tu camino robándote la felicidad.

—¡Ah! ¡si viera V. E. á lo que se ve hoy reducido ese hombre, se pasmaría!....

—¿Acaso le has visto?

— Sí, señora, está en esta fonda.

—¿Y qué hace?

—Ha venido desde Italia tocando el organillo y manteniéndose de las limosnas que ha recogido en el camino.

—Eso es un castigo providencial, por su infame modo de obrar.

—Yo, en nombre de V. E., le he recogido, dándole asilo y pan; me ha dado lástima, á pesar de que me ha hecho mucho daño.

—Has cumplido con el deber de un hombre honrado, aplaudo tu determinacion, y la apoyo. Haz de él lo que gustes; tienes amplias facultades.

—¿No quiere verle V. E.?

—¡Oh! no; y yo no quiero ver á nadie. Deseo únicamente que todo esté dispuesto para embarcarnos antes de dos horas. Saldré de aquí en un coche que me conducirá al muelle; desde allí, en la lancha iremos al buque y partiré para siempre, sin volver la vista atrás, porque si me fijo en esta querida España que abandono, me faltaria el valor para partir.

—Pues hay en Barcelona muchas personas que desearian despedirse de V. E., son conocidos antiguos.

—Aunque no quiero ver á ninguno, vé diciéndome sus nombres, quién sabe si tendrán el poder de alterar mi resolucion.

—Fray Severo Pintarroja, que, arrepentido, miserable y enfermo, se halla en un quinto piso de la Boquería, y es el mismo que con el supuesto nombre de Mr. Tureau, imploró ayer la caridad de V. E.

—¿Cómo se halla tan pobre habiendo robado tanto?

—Porque á su vez le robaron á él una cartera que guardaba todas sus riquezas.

—¡Infeliz!.... pues mira, déjale una cantidad regular y dale una carta para que en Madrid le socorra mi apoderado general.

—Otro: D. Geroncio Maravillas, se halla en el Hospital, ciego, cojo y desvalido, implorando tambien la compasion de V. E.

—Haz lo mismo que con fray Severo; no quiero ver ni á uno ni á otro. ¿Hay mas?

—Cristina Guanter, que vive en el piso segundo de esta fonda, acompañada de su amante Tragabombas y ostentando un fausto ré-
gio, gracias á las riquezas del bandido y á la cartera que ha ro-
bado á fray Severo.

—¡Ella aquí!.... ¡Oh!.... ¡partamos, amigo mio!.... partamos
antes de una hora; no quiero encontrarme con esa víbora.

Alejandrina se levantó al escuchar el nombre de Cristina, y ti-
rando de una campanilla, dijo á Lindora, que se presentó:

—Antes de una hora estaremos á bordo del *Paraná*.

La doncella, acostumbrada á respetar los menores caprichos de
su jóven señora, se inclinó sin replicar una palabra y salió á dispo-
ner lo necesario para el viaje.

La condesa con aire triste, lleno de profundo abatimiento, vol-
vió á sentarse en su cama de muelles.

Federico, en pié delante de ella, esperaba á que se dignára di-
rigirle la palabra.

—Y bien, amigo mio: ¿qué mas tienes que comunicarme? ¿Has
tenido carta de tu madre?

—Sí, señora; me dice en ella que fray Benigno y otro caballero
vienen á despedirse de V. E.

—¿Fray Benigno?... murmuró Alejandrina palideciendo.

—Sí, señora, con otro caballero á quien no conozco.

—¿Y cuándo llegarán aquí? Ya no los veré.

—Hoy mismo.

—¿Pero antes de una hora?

—Quziá. ¿Los recibirá V. E.?

—¡Oh! sí, sí, ellos alteran mi resolución.

—Entonces, ¿á qué hora vendrán?

—¿Están aquí ya?

—Sí, señora, y aguardan sus órdenes.

—Que pasen al momento; has debido decirme esto lo primero.

El bello rostro de Alejandrina se volvió á colorear ligeramente;
su corazón debía latir con mas fuerza, porque las ondulaciones de
su pecho eran mas frecuentes, y en sus ojos negros como el terci-

pelo, húmedos por la emoción, brillaba una lágrima pura y cristalina como una gota de rocío en el cáliz de una flor.

La puerta de la estancia se abrió, apareciendo en el dintel Lucas de Mendoza y el misionero.

La condesa se levantó, dió dos pasos hácia ellos, y les tendió ambas manos exclamando:

—¡Gracias, padre mio!... ¡gracias, querido hermano!...

No pudo decir mas, porque el llanto, largo tiempo comprimido, brotó á raudales de sus ojos.

Lucas dijo con trémula voz:

—Me decías en tu carta: «quizá tu conducta sucesiva te devuelva el fraternal afecto que hoy te niego» pues bien, aquí estoy despojado del disfraz que me envilecia á tus ojos, arrepentido de mi pasada conducta, curado de mi insensata pasión, aquí estoy, que vengo á decirte «perdóname, hermana mia, perdóname, he sido un loco; pero tú me haces recobrar la razon y te bendigo, porque con la razon recobro tambien una esposa, un hijo, una familia y con ellos la felicidad!... ¡Ah! ¿me perdonas? ¿me amas?»

—Con todo mi corazon: siempre serás mi hermano y tu recuerdo vivirá indeleble en el fondo de mi pecho.

—¡Gracias!... exclamó Mendoza llorando con su prima, que sofocada por el llanto, se habia cubierto la cara con las manos.

Fray Benigno los contemplaba al parecer impassible; su rostro, sereno como la superficie de un lago, no reflejaba las tempestades de su seno ni las impresiones de su alma.

Al cabo de un rato Alejandrina, mas tranquila, se dirigió á él y le dijo:

—¿Y V., padre mio, qué piensa hacer?

—Dentro de breves dias partiré tambien para las misiones de África.

—Tengo que recomendar á V. tres desgraciados que quedan en Barcelona sin proteccion y sin amparo.

—¿Quién son?

—Clodomiro, fray Severo y Geroncio Maravillas, los tres, arrepentidos, lloran sus pasados extravíos.